

Aguilar Camín:

Los trabajos de Hércules

Hugo Hiriart

El arriesgado salto del historiador al novelista signa la obra de Héctor Aguilar Camín. Hugo Hiriart traza la ardua cartografía de su obra, desde su tesis doctoral hasta sus novelas mayores, como Morir en el Golfo, La guerra de Galio y Un soplo en el río.

Una mañana el famoso matemático Henri Poincaré compareció en la puerta de la universidad con una breve canasta de mercado bajo el brazo. Interrogado sobre la extraña posesión respondió que ignoraba por completo cómo había ido a dar el artefacto a su brazo en el camino a pie de su casa a la universidad. Poincaré respondía al prototipo de sabio genial perpetuamente en la luna.

Isaiah Berlin razonablemente sostuvo que alguien consagrado a estudios sociales tales como historia o política no podía, de ningún modo, responder a este arquetipo de sabio ajeno al mundo, sino que, por el contrario, había de mostrarse siempre perspicaz, malicioso y de colmillo afilado.

Y Aguilar Camín, empecemos por ahí, nunca está en la luna; lo que vamos a explorar es el resultado de esta falta de ingenuidad, astucia manifiesta y perpetuo estado de alerta.

El perfil de Aguilar Camín cae en la encrucijada donde confluyen tres caminos diferentes. Y toda encrucijada, recuerda el *Diccionario de la Academia*, también significa “situación difícil en que no se sabe qué conducta seguir”, es decir, drama. Buscamos una silueta, hallamos un drama, como siempre. Los caminos que se cruzan en Héctor Aguilar son, quizá por orden de apa-

rición, historia, periodismo y política. Del tironeo entre los tres va a brotar el arte literario de este artista.

Caminemos como el ciempiés, pues el gozo del ciempiés, como juzga el gordo Lezama Lima, es la encrucijada.

Hace mucho, más de treinta años, hace aparición un joven estudiante de mirada vivaz cuyo rasgo característico es el inexplicable empaque de sus opiniones. ¿De dónde viene a este joven la autoridad para este aplomo? De la claridad de su comprensión. ¿Y de dónde le viene esta claridad de percepción? No sabemos. Él tampoco lo sabe.

Como sea, esta seguridad prematura rige su primer libro, apenas tesis de doctorado. Es un estudio sobre los triunfadores de la Revolución Mexicana, los revolucionarios de Sonora, titulado *La frontera nómada*.

Hacia el final del prólogo del volumen se deja oír esta inesperada confesión: “muchos detalles sustentan, y a veces ahogan (esta) crónica”. Ahogan. Pero bueno, nadie puede decirlo todo, es indispensable hacer la operación en que se especializó Maximiliano Robespierre: depurar, separar el trigo de la cizaña, es decir, cortar. Y ahí empiezan los problemas: suprimir es interpretar.

Aguilar Camín comenta, en el mismo prólogo, con la claridad y contundencia que le serán habituales: “Quien dice en un libro de historia: ‘Rodríguez se levantó en

Cocóspera con 150 hombres’ y sigue el relato, suple la explicación del hecho con su mera enunciación, omite lo esencial: quién era Rodríguez, quiénes los 150, por qué Rodríguez estuvo al frente y por qué los demás lo siguieron. Y así cada incidente. Entiendo que la proposición implícita en el ejemplo es que la verdadera explicación de un hecho histórico requiere pulsaciones y detalles infinitos. Como es evidente, no he ido tan lejos. Pero en cada pasaje, con la información en la mano, he preferido arriesgarme al puntillismo que resumir en el vacío el sentido de hechos cuyo origen más concreto desconozco”.

En este escepticismo historiográfico Aguilar coincide con el magistral historiador holandés Pieter Geyl: “La historia es infinita. Y no puede fijarse. Estamos siempre tratando de establecer la realidad del pasado en términos de certeza, pero todo lo que podemos hacer es desenvolver nuestras impresiones de esa realidad. Ningún libro puede reproducir más que una parte de la realidad, aun dentro de los confines de un asunto particular”. La narración histórica intenta, entonces, no alcanzar la verdad definitiva, cosa imposible, sino meramente articular, organizar una visión particular coherente, entre otras que, sabemos, será posible articular sobre el mismo asunto.

Ahora, este primer libro de Héctor, terso, clarísimo, original, bien escrito, ya auguraba el nacimiento de un Michelet o un Ranke mexicano. Sin embargo, en ese momento, que no podía ser más prometedor, en un giro inesperado, semejante a los que aparecerán después en sus

novelas, el joven Tucídides deja de escribir libros de historia. Nadie lo entendía ni lo entiende hasta la fecha, más de treinta años después de la inexplicable abstención. Así que en esta ocasión en que estoy tratando de entender su desarrollo, me parece oportuno preguntarle por qué así, de pronto, dio la espalda a la academia y dejó de escribir libros de historia. Claro que a él puede parecerle oportuno no responder la pregunta, y santo y muy bueno. Lo entendería. Siempre es difícil, si no imposible, saber a fondo por qué hacemos las cosas.

Pero en previsión de negativa o declaración de ignorancia del aludido, voy a ensayar yo una respuesta. Respuesta que será, como la historia para Geyl, verosímil y coherente, aunque claro, no la única posible.

Y aquí hacen solemne entrada, al lado de la historia, novela y periodismo.

Se ha distinguido periodismo de historia diciendo que periodismo es “historia de lo inmediato”. Es mala definición: lo inmediato no tiene historia, está demasiado cerca, y en formación, y por eso, por inacabado, no podemos captar su dirección, organización ni sentido.

Decir “la reina murió” es crónica; decir en cambio “la reina murió de tristeza” ya es narración histórica. No me desquicié: esta distinción del viejo EM Forster sirve para separar historia de periodismo. Es decir, historia es crónica organizada con articulaciones explicativas, “la reina murió de tristeza”. Periodismo es básicamente crónica, dice qué pasó, “la reina murió”, a secas.

Me entretengo en la distinción porque ambos, periodismo e historia, participan en forma preponderante en la estructura de las novelas de Aguilar. No importa que no estén de acuerdo en la distinción, periodismo e historia tienen los dos la misma insalvable limitación: ambas narran acciones humanas, pero ambas las narran desde afuera, desde un narrador que capta desde el exterior las acciones y pasiones de la gente.

Ninguna de las dos es capaz de penetrar hasta la realidad interna de las personas, es decir, hasta el cálido privado espacio (y tiempo) de recuerdos, imaginерías, emociones, sentimientos, deseos y aversiones de las personas. Aquí, en la intimidad personal, está ese microcosmos, reflejo del universo entero, asiento de la conciencia, donde yace la dignidad humana, que hizo decir a Juan de la Cruz “un solo pensamiento vale más que todo el universo”. Y sí, porque el universo sin nadie que lo piense y reconozca es cosa idiota, a la deriva y sin sentido.

Pues bien, la novela y sólo la novela puede penetrar, aunque sea conjeturalmente en la realidad interna de las personas. Y ésa es mi primera respuesta, luego viene otra, al enigma de Héctor: él abandonó la historia para buscar el ingreso a la realidad interna de las personas escribiendo novelas. Ahí, en ese vertiginoso interior, se podían atrapar y exhibir tal vez esas “pulsaciones y detalles infinitos” donde se puede vislumbrar “la verdadera



Héctor Aguilar Camín

explicación de los hechos humanos”, que encontró cerrada a la investigación académica histórica.

La primera exploración de realidad interna, la novela *Morir en el Golfo*, navegó muy ceñida al viento de la política. *Morir en el Golfo* detonó como cañonazo en el predecible y tedioso medio editorial mexicano. El tajo no pudo ser más hondo. Y aquí es preciso reconocer que, duele decirlo, pero en México lo único que estremece el cándido corazón de las masas, quitando el fútbol, es la política. Doy dos razones de esta obsesión, hay otras, claro. La primera: los extremos de ineptitud y venalidad que se alcanzan en México son fascinantes, y su contemplación genera adicción, y la adicción se pica con los estremecimientos ante el acre sabor de la violencia incontenible. La otra razón es más intelectual: dado que en México la ley opera floja, imprevisiblemente, el destino de la gente queda, como en la Roma de los emperadores locos, en manos de las peculiaridades individuales de los gobernantes, luego hay que estar atentos. No es de extrañar entonces que el libro haya sido un triunfo de público y crítica.

Aunque *Morir en el Golfo* es novela y personajes imaginarios discurren en trama también imaginaria, el material con que se construye la obra es cabalmente real. Y cabe decir, noticiosa o periodística. Las evoluciones de los políticos de modos oblicuos y astutos, los ambientes y lugares son minuciosamente reales. Y en ellos sufre el lector un *shock*, el *shock* del reconocimiento, que es delicioso en las letras.

La novela, como suelen ser las primeras novelas, es parodia, parodia en este caso de la novela negra, estilo que inauguró Dashiell Hammett cuando, en palabras de Chandler, “sacó el vaso del cuento de detectives del impecable salón inglés y lo echó en el callejón inmundo”. *Morir en el Golfo* obedece a esa retórica: enigmático asesinato inicial, investigación detectivesca que se enreda, indagaciones que derivan hacia figuras de poder económico o político inalcanzables a la justicia. Activado esto por una figura incorruptible y quijotesca peligrando entre venalidad y crimen más o menos generalizados, y todo aceitado generosamente con vasos de whiskey.

El drama de Aguilar Camín se tensa alrededor de una figura política singular, y muy mexicana: un líder sindical prepotente y millonario, líder de petroleros, la principal industria de México, nada menos. Hay una observación política, ignoro su validez, es ésta: todo régimen reproduce constantemente la personalidad del mandatario de ese régimen; con Napoleón, Francia se llenó de napoleoncitos que mandaban aquí y allá. Toda autoridad era en Rusia un Stalin en miniatura, y así cualquier régimen. Pues el líder sindical de *Morir en el Golfo* es un Presidente de la República en miniatura, y eso en tiempos del absolutismo presidencial que imperó en México en la segunda mitad del siglo XX.



Manuel Vicent, Rosa Montero y Héctor Aguilar Camín en Santillana del Mar, 2010

Ahí, en la vecindad de este epónimo cuanto pintoresco ciudadano se desarrollan las vehementes pasiones que caracterizarán en adelante las narraciones de Aguilar Camín. Mientras tanto Héctor echa mano, adrede, por intuición o simple olfato, de una vieja astucia literaria, cara a la señora Murakami en sus cuentos de Genji, que consiste en que se hable abundantemente de un personaje, pero que el aludido tarde en aparecer, así cuando al fin hace aparición sentimos que ya es nuestro conocido. Molière, por ejemplo, hace salir a escena a Tartufo hasta el tercer acto, casi a la mitad de la obra.

Morir en el Golfo abre de modo que será característico en nuestro autor:

¿Qué agregar de Rojano? La historia sentimental es larga y vale más ahorrársela, incluye dos años de hermandad preparatoria en Xalapa, cuatro de rivalidad en la Universidad de México, una obsesión común —Anabela Guillaumin— que Rojano ganó, dejó y luego hizo su esposa (yo simplemente la perdí).

Hemos hablado de grandes pasiones. En este arranque está un narrador desencantado, *de regreso de todo*, como decíamos entonces y un manejo de los currícula de los personajes hábil y puntual, que recuerdan los años de historiador de nuestro autor. Mas ante todo presentamos con la salida de Anabela el debut de ese raro ejemplar de mujer hermosa, arbitraria y vigorosamente desenvuelta que llamará la atención en la narrativa de Héctor. Destacan estas mujeres porque tienen aire de entes idealizados: señoras fabuladas, altas damas de toque romano, livias o mesalinas, pero potenciadas, a

la vez inescrutables, ambiciosas, bellas y para colmo lúcidas. ¿Tiene algo de extraño que los protagonistas masculinos se enamoraran como locos de ellas? He dicho que la materia de las novelas de Héctor es minuciosamente real. Todo él, menos estas figuras femeninas que son todas sospechosas de irrealidad e idealización fogosa.

El surgimiento de estos apasionamientos descomunales fueron sin lugar a dudas sorprendentes. Porque la desorbitación la hacía Héctor, y si lo oye hablar o se lee lo que discurre de política, de historia, o de cualquier cosa, no se puede menos que advertir que se está ante un frío e inexorable razonador que se descuelga entre dictámenes con ascetismo matemático. Pero si se leen sus narraciones se advierte que ese lógico tiene en realidad una sensibilidad muy excitable y un amplio espíritu colmado de la emoción y el sentimiento de un poeta lírico de corte, digamos la palabra, romántico.

Y no sé, no se entiende cómo ni por qué Aguilar Camín, con esa sensibilidad, no ha escrito poesía lírica. O tal vez sí ha escrito, pero sus poemas son todos clandestinos, de esos que mucha gente, más de la que estaríamos inclinados a suponer, se inclina a perpetrar.

El caso, por curioso que sea, así es: el lírico y el lógico, dos personas en una. Y si no me equivoco con esta dicotomía llegamos a un eje de la obra camineana. Y para decirlo pronto y en una palabra, entre las dos personas que habitan en Héctor parece haber muy poca, a veces nula, comunicación.

Este *ying-yang* se equilibra y armoniza en unas novelas más que en otras. Porque es siempre arduo lograr el balance. La belleza, como dice el doctor Angélico, consiste en la unidad de lo diverso.

Una última nota de esta novela. Se ha observado, como es sabido, que de los 669 personajes diferentes que figuran en *El Quijote*, ninguno es completa y radicalmente malo. Tampoco en estas novelas de Héctor hace aparición la maldad tenebrosa, Satán como un relámpago que cae del cielo, no porque Héctor no sienta fascinación por la maldad, todo escritor la siente, sino porque Héctor siente al mismo tiempo fascinación por el mal y por comprender las cosas: cuenta lo que sucede y lo que sucede debe en el fondo tener explicación. Y el mal espeluznante, ha de ser, como escribe Bataille, gratuito y porque sí, y no ha de tener lógica alguna ni explicación posible, luego con explicaciones no llegas nunca al mal.

Y sin embargo, en las novelas de Héctor se percibe una maldad acechante, escondida, difusa, imposible de localizar con precisión, una perversidad y una vileza política, social, pero secreta.

Y en este punto voy a saltarme muchos libros. No por prelación ni jerarquía ni gusto literario de ningún tipo, sino porque, como ya indiqué resignadamente, nadie puede decirlo todo y es preciso depurar: discurrir un poco sobre unas obras y sumir en la oscuridad y el

silencio otras. Así que voy a referirme de paso, con brevedad, a una novela que es conspicua e ineludible, y haré un corto examen de otra, no tan conocida, porque me intriga, y a veces creo que es la que más me gusta y remataré brevemente lo que voy diciendo.

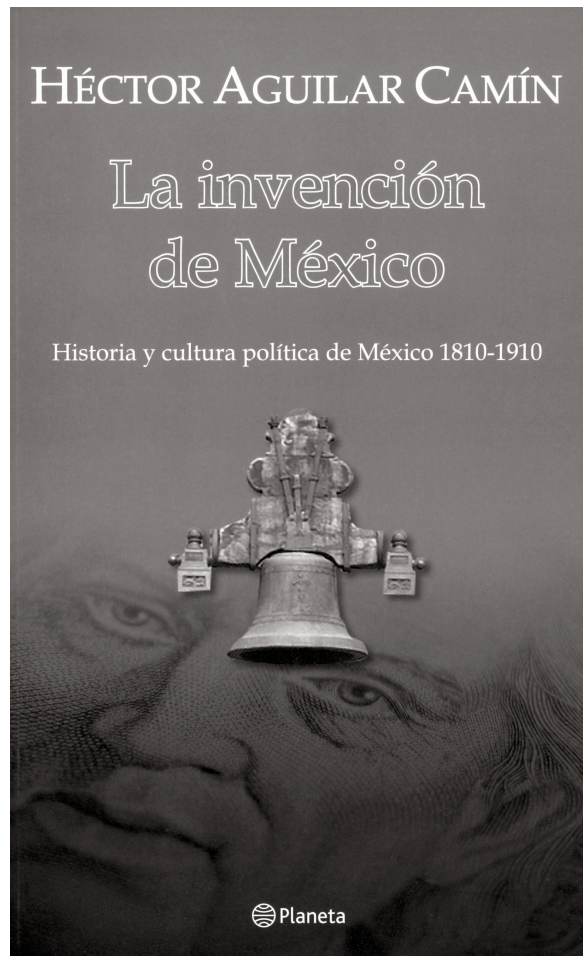
Primero la novela conspicua. Si ha habido alguien que ha sabido expresar la grandeza y miseria del periodismo actual mexicano, ha sido Aguilar Camín. Se observa esto en sus numerosos artículos de crítica del diarismo, disciplina en la que ha sido fino, laborioso y tenaz. Su segunda novela, *La guerra de Galio*, uno de los momentos más felices de su pluma, se desenvuelve en la cargada atmósfera del periodismo, y este clima, esta atmósfera de la novela, que es todo y es nada en una narración, es logradísimo. La narración refleja sucesos reales y los entremezcla con elementos de ficción, pero aunque lo advertimos, prevalece en la lectura la sensación de estar ante sucesos ciertos.

El asunto es el auge y caída de un periódico, el mejor del país en su momento, el *Excelsior*, dirigido brillantemente por Julio Scherer. Este diario cobró poder y no se plegó dócilmente a las determinaciones del gobierno, como se exigía en esa época del presidencialismo mexicano clásico. Trató no precisamente de oponerse, sino de mostrarse autónomo en sus exámenes y opiniones. El gobierno del presidente Luis Echeverría respondió al intento orquestando en el periódico un golpe que arrebató la dirección a Scherer.

Esos hechos forman el *background* de la trama, la cual vuelve a ser de corte policiaca (se desarrollaba entonces en el país nuestra torva, aunque no muy abaricante Guerra Sucia), y claro, vuelven a aparecer los amores desorbitados, el whiskey y el reflexivo y honrado héroe caminesco, aquí con cierto aire autobiográfico (Carlos García Vidal es un joven historiador, casado, con una hija, investigador en historia antes de dejarse seducir por el periodismo. Exactamente como su joven autor, vacilante entre la marejada periodística y la reclusión del novelista).

Entre *Morir en el Golfo* y *La guerra de Galio* se registra un notable adelanto en complejidad y capacidad expresiva.

La otra novela, la que me propongo examinar, data de 1998 y se llama *Un soplo en el río*. Daré varias razones de mi entusiasmo por ella. Primero que no es paródica, con lo que digo que no se inspira en ninguna retórica establecida. Otra razón es que la novela de Héctor me parece perfectamente unificada, la unidad es quizás el valor más difícil de alcanzar en la novela, pero esta narración exhibe sus elementos al comienzo y juega sólo con ellos hasta el final. Así, es sencilla y, sin embargo, profunda y emocionante. Y finalmente porque constituye una afortunada incursión en terrenos de la experiencia mística, terrenos que peculiarmente me interesan.



¿Y de qué trata? Digámoslo así: Bernard Shaw arranca su libro *La quintaesencia del ibsenismo* sosteniendo que si los europeos hubieran leído bien a Ibsen, no habría habido Primera Guerra Mundial. Esto porque Ibsen hizo crítica de los ideales europeos y puso al descubierto su peligrosidad. Recordemos, por ejemplo, que Ibsen en *El pato salvaje* expone el papel destructor que puede desempeñar nada menos que la verdad. Pues bien, yo diría que *Un soplo en el río* es una narración acerca de unas personas gobernadas, destruidas, de diferentes maneras por ideales inalcanzables.

Discrepo del título, no la habría yo llamado *Un soplo en el río*, sino, por ejemplo, *Endemoniada*, para que rimara con la gran novela de Dostoyevski, con la que tiene resonancias. Ahora, ¿qué ideales? Permítanme hacer un recuerdo.

Conocí a Héctor hace muchos, quizá cuarenta, años. Era un mundo diferente el de entonces. Trabajaba yo en Palacio Nacional. Enrique Florescano me invitó a una comida. Sal a la puerta de en medio, van a pasar a recogerme dos amigos, dos estudiantes, listos, me dijo. Llegaron, en efecto, dos jóvenes altos, repantingados en los asientos del coche en actitud, debidamente insolente, propia de los adolescentes. Eran Enrique Krauze, al volante, y Aguilar Camín en el asiento del copiloto. Pronto nos hicimos amigos Héctor y yo, si no recuerdo mal esa misma noche la pasamos los dos conversando y hon-

rando a Dioniso al fraternizar con el señor Courvoisier hasta que apareció el rosicler de la aurora. ¿Y de qué hablamos?

En aquellos días estábamos todos embrujados por el ideal del cambio brusco, dramático y definitivo, por la revolución que pondría fin a todas las injusticias, desvaríos y contradicciones de la abominable sociedad capitalista en que teníamos la desgracia de vivir y engendraría el hombre nuevo. Qué mediocre nos parecía, por ejemplo, Jaspers cuando asentaba que los enemigos de la razón en nuestro tiempo eran *prima facie* el marxismo y el psicoanálisis. No voy a insistir sobre este caso de estupefacción colectiva, que es tan conocido como enigmático. Pues la más breve reseña de *Un soplo en el río* consiste en decir que trata del efecto de esos ideales llevados a un extremo dentro de una hermosa muchacha, y de un joven enamorado de esa hermosa muchacha a quien los sufrimientos y perplejidades de esos efectos conducen a una extraña reclusión y un ascetismo radical muy peculiares por no ser de ningún corte religioso reconocible. Es decir, se trata de una especie de fundamentalismo místico desarticulado. Se exhibe esta experiencia mística en la inquietud de los nombres.

Me pasé esos tres días encerrado en el hotel sin hacer nada, mirando el techo y preguntándome quién era. Así nada más. Como si de repente mi propio nombre hubiera

dejado de tener sentido. ¿Te acuerdas de aquellos versos de García Lorca cuando se extraña de su nombre?

Llegan mis cosas esenciales.
Son estribillos de estribillos.
Entre los juncos y la baja tarde.
Qué raro que me llame Federico.

Esta mística de los nombres es muy antigua, recuérdese la concepción judía: el nombre abarca y contiene lo nombrado, el nombre guarda las virtudes de lo nombrado. Es ésta la razón por la que en la religión judía no puede pronunciarse ni escribirse el nombre sagrado de Dios. Y ésta es también la razón por la que, por ejemplo, existe la costumbre, en algunos grupos, no en todos, de poner a los niños nombres secretos. Y estos nombres son secretos porque, escribe Walter Benjamin, “el nombre que contiene en sí todas las fuerzas vitales, por cuyo intermedio estas últimas son convocadas y protegidas de los no iniciados”.

Si te preguntas ¿cuál es el sentido de mi nombre?, ¿quién soy? No estás interrogando por la persona pública al alcance de todos, no basta con sacar tu licencia de manejar y leer lo que ahí dice. Estás preguntando por tu nombre secreto, tu nombre verdadero, el que te decanta y enuncia quién eres en verdad, es decir, cuál es tu lugar en la totalidad de lo existente. Pero no podemos seguir por aquí y, lástima, abandonemos este brumoso terreno.

Ahora, asienta una tradición cabalística que no he podido verificar que Héctor fundó su novela en una historia real que le refirió su amigo Ignacio Almada Bay. No me extrañaría ni un poquito. Es común que Héctor se inspire en historias que le cuentan o que oye por aquí o por allá, como hacía, por ejemplo, Henry James. Este dato, aparentemente inocuo, tiene cierto valor explicativo. James Joyce, por ejemplo, sostuvo que escribía como escribía porque no tenía imaginación y no podía inventar nada.

Un último apunte es que en esta novela se reduce al máximo la peculiaridad más riesgosa de la narrativa de Aguilar Camín, a saber, que tiende a desatender el principio literario de desaparecer por completo detrás de la elaboración de su obra. Es conocido que de Shakespeare no sabemos qué opina de nada, no sabemos en qué cree o qué lo indigna, nada, Shakespeare desaparece limpia y simplemente detrás de sus creaciones y no podemos saber nada de él. Lo mismo hace Flaubert, quien formuló el principio o, claramente, James Joyce. Aguilar Camín, digo, no lo hace tan claramente en sus otras novelas como en ésta.

Aguilar Camín ha escrito varios libros de cuentos y varias novelas. Esta laboriosidad literaria no lo alejó del periodismo. “El primer signo del talento es ser infatigable”, juzga Chejov. Su persistir en el diarismo está li-

gado a su interés por la política, y este interés por la vida política no ha sido ni es vago interés o aun desvelo ocasional, sino ha sido en Héctor una especie de obsesión. Obsesión que se desahoga en la conversación, el periodismo, la novela, y en sus amplios y penetrantes libros de política. No una, sino varias veces se ha atrevido Héctor a intentar desenredar *in toto* los nudos de la madeja política y económica de nuestro atribulado país.

Pero hasta ahí: diagnosticar, señalar caminos, pero nunca ha aceptado participar en el ejercicio mismo del poder político. Cargos en la jerarquía administrativa o política, nunca. Su ambición de figurar o de ejercer el poder es nula.

Ahora, el ejercicio del periodismo rima en consonante con la obsesión de Héctor por el desenvolvimiento de la vida nacional; así, dejó la historia, pero no el periodismo que, como sabemos, siguió y sigue practicando con singular acierto. Ahí pueden volver a hallar quienes carguen esa curiosidad la autoridad y el empaque del joven dictaminador que antes conocimos. Ha trabajado en periódicos y revistas (dirige una en la actualidad) o en televisión, conoce a todo el mundo, lleva mil y una vidas de protagonistas que llenan la escena nacional y representan su drama diario, como es de rigor en estos casos. A través del diarismo Héctor alcanza a un número mucho mayor de lectores que a través de la novela. Y en cuanto a la frecuente forma de impugnar el periodismo diciendo que es efímero, Aguilar Camín puede responder lo que respondió Mencken a la misma objeción, a saber, que una novela en la infinita mayoría de los casos es aún más efímera que un periódico.

Concluamos. ¿Cuál es el mérito característico de Aguilar Camín?

Para responder me gustaría pedirle a Héctor que nos hiciera el favor de resumir la historia universal en una alocución que durara no más de diez minutos. Lo podría hacer, sin duda, su capacidad de síntesis y articulación no tiene ni conoce límites. No voy a sugerir que lo haga porque tendría ya algo de número de circo. Pero, admitamos, sólo el circo ilumina en modo cabalmente limpio la destreza pura, sin mezclas.

No sólo síntesis, su elocuencia oral y escrita es un esfuerzo por alcanzar y transmitir no sé qué clarividencia. No sólo está meramente diciendo esto o lo otro, sino sus palabras tienen a menudo “el porte autoritario de las palabras reveladas”. Porque ciertamente su discurso adquiere plasticidad, a través de gobernar la velocidad, el tono, el fino énfasis de sus sentencias, y esta plasticidad corresponde a que va a hacer una revelación de corte, digamos, místico. Una experiencia mística que, por supuesto, queda aún a gran distancia de Dios, porque es ingenuo, para no decir memo, estimar que la experiencia mística se reduce a la experiencia de Dios. Ahora, si alguien controvierte de frente sus palabras,

Héctor muy probablemente guardará silencio porque elude el enfrentamiento ruidoso, y ese silencio, para los que lo conocemos, incluye una reprobación de la opinión rival.

La individualidad de Héctor, como toda individualidad, es resultado de la suma de marcas distintivas y muy diversas y hasta contradictorias. Si tratas de obtener un destilado de Aguilar Camín has de echar en una retorta elementos como éstos:

Chetumal. Nació en Chetumal, lugar primitivo, selvático, ahí donde está el mosco, el cocodrilo, la crecida, la inundación y el huracán; existe un escrito, para el diario *El País*, por cierto, que describe la destrucción gradual de su casa y la invasión del mar bajo el impulso del huracán Janet. En esta apurada situación, doña Emma, su madre, y doña Luisa, su tía y segunda madre, para combatir el miedo en la apurada situación, pusieron a todos los niños a cantar, y los cantos, según parece, hicieron bajar las aguas del diluvio.

Estas dos mujeres constituyen el segundo elemento que cae en la retorta. A ellas debe el escritor una educación exquisita en los años más formativos, esto es, los de la infancia, y también los muchos amigos que hallaron entre los estudiantes huéspedes de la residencia que las dos señoras abrieron ya en la Ciudad de México.

Recordemos, porque pocas veces se recuerda, que se educó con los jesuitas aun en su primera etapa universitaria.

Ya con este equipaje, Héctor estuvo en posibilidad de acometer sus trabajos de Hércules, Dios sabe que cada uno lleva a cabo sus íntimas, peculiares y silenciosas ha-

zañas de Hércules. Hércules sin Deyanira, afortunadamente, sino con la deliciosa Ángeles Mastretta, su compañera de tantos años, de quien tampoco voy a decir una palabra, aunque lamento la abstención. Después de Chetumal y eso siguió, en el plano superficial, el doctorado en Historia y demás cosas de las que a estas alturas ya hemos hablado, aunque sin orden cronológico, hasta la saciedad. El orden profundo es tan recóndito que no sabemos cómo se desarrollaron en él las cosas, y no sería insólito que el propio Héctor no tenga de ese desenvolvimiento en lo hondo más que vagas y desarticuladas noticias.

En todo caso, para destilar, se toma lo dicho, y se añade un tiempo conflictivo y peculiar transcurrido en un país también conflictivo y peculiar, se agita el contenido, se lo calienta y vierte sobre una marcada y singular reticencia a externar lo personal, una perpetua inquietud intelectual y un espíritu animoso y colmado de generosidad y se obtendría una especie de esencia de nuestro escritor.

Por lo que diría esto: el intento reiterado de abarcar, articular y hacer inteligible el momento que le tocó vivir, a través de diferentes medios, ha sido en él verdadera pasión, y esa pasión, si no me equivoco, lo justifica y llena de sentido. **U**

Texto leído en el homenaje a Héctor Aguilar Camín, junto con Rosa Montero y Manuel Vicent, *Tres famosos periodistas que devinieron narradores*, en Santillana del Mar, España, el 21 de junio de 2010.



© EL PAÍS / Luis Muga